

ANÓNIMO



CUENTOS FOLKLÓRICOS ARGENTINOS

Juan Catorce

Di gi ta li za do po r **LIBRO**dot.com

ht tp :/ /w ww .l ib ro do t. co m

Había una vez una viejita que vivía pobre y sola en un lugar muy apartado y, como es muy natural, aspiraba a tener una compañía. Tanto había pedido a Dios un hijo, que no tardó en ser escuchada y con gran placer contempló entre sus brazos un robusto niño.

A medida que el niño crecía, su apetito se hacía insaciable. Primero las gallinas, después los corderos, y por último las vacas, habían parado en el estómago del niño, a quien llamaron Juan Catorce, por ser éste el número de vacas que se comía diariamente.

En esta forma muy pronto los recursos de la madre se habían agotado y, encontrándose sin tener qué comer, Juan se mandó hacer una espada que pesaba catorce arrobas y un buen día se despidió de la madre y salió a rodar tierra.

Después de mucho andar, llegó a una ciudad y al poco de estar en ella supo que había allí siete - hombres muy ricos que tenían trato con el diablo. Averiguó cuál de ellos tenía más dinero y una vez informado se dirigió a él en busca de conchabo.

Presentado ante el señor, Juan Catorce dijo que haría el trabajo que quisiera solo porque le diera de comer. Al momento fue aceptado como peón de la casa. Le preguntaron qué era lo que deseaba comer, y como Juan jamás alternaba su comida, pidió catorce vacas, catorce barriles de vino y catorce arrobas de pan.

Después que comió se le designó el trabajo que debía hacer; lo mandaron colocar postes todo alrededor de una legua cuadrada. Tomó el hacha y partió. El capataz de la finca, por indicación del patrón, lo siguió a cierta distancia, y pudo observar que Juan, al llegar al sitio indicado, se tendió a dormir. Después del ayuno obligado de varios días, la comida lo había desalentado. Se despertó tarde, y al ver que el sol se estaba entrando, asustado principió la obra. Tomó los árboles más próximos, y con una sola mano los arrancaba y los colocaba a manera de postes. Así, pronto terminó la tarea.

El capataz, viendo semejantes prodigios, corrió asustado a contarle al patrón. Inmediatamente se pensó la forma de deshacerse de Juan Catorce, pues era muy peligroso un hombre de tal naturaleza.

Al día siguiente muy temprano llamaron a Juan a presencia del patrón. Éste le ordenó que montara en un caballo viejo y flaco para que fuera al campo a traer las vacas y toros salvajes. En la hacienda había un toro negro, terror de los peones, que no dejaba con vida a ninguno que se atreviera a ponerse a su alcance; así, cuando lo vieron partir a Juan, todos creyeron que no volvería.

Ya de regreso, Juan muy tranquilo iba arreando las vacas que encontraba a su paso, cuando de repente fue embestido por el toro negro, que le mató el caballo. Juan, sin esperar más, tomó al toro por los cuernos y levantándolo con una mano, le quebró el cogote como lo hubiera hecho con una paloma. Así fue que en la estancia todos quedaron sorprendidos cuando lo vieron llegar con todas las vacas y el toro negro en una mano.

Cada vez más afligido, el patrón resolvió enviarlo al día siguiente a traer leña de un bosque en el que había un tigre cebado. A la madrugada, Juan se dirigió al lugar indicado conduciendo una carreta. Como llegó temprano, se puso a dormir a la sombra de un árbol.

Al despertar vio que solo le quedaba un buey. Al momento pensó que algún ladrón se lo hubiera robado al otro, y muy afligido se puso a buscarlo. A cierta distancia vio que un terrible gato lo estaba devorando. El tigre, tan pronto como vio a Juan, se lanzó sobre él, pero éste lo esperó impaciente y cuando pudo alcanzarlo, lo tomó de las orejas y, colocándolo al lado del otro buey, lo obligó a sostener el yugo y tirar de la carreta.

Al regresar y pasar por las calles, las mujeres y los niños huían despavoridos, y los hombres salían admirados al ver tan extraño animal de tiro.

Juan no podía explicarse tan rara conducta y decía: —¡Éstos parece que no conocen carretas, que tanto les llama la atención!

Cuando llegó a la casa, los criados gritaban horrorizados; fueron a avisarle al señor, en momentos en que Juan se dirigía a él con el tigre en los brazos, diciendo:

—Mi amito, vea qué gato más overíto, tan lindo para criarlo.

El patrón, todo asustado, le ordenó que lo matara inmediatamente.

Viendo que la segunda tentativa de matar a Juan Catorce había fracasado, el patrón se propuso intentar otra. Escribió una carta para el diablo, en la que le pedía que, tan pronto llegara Juan, lo echara en las

calderas hirvientes. Muy temprano le entregó la carta, ordenándole fuera al infierno a dejarla. Juan partió al instante; la mula que lo conducía, conocedora del camino, lo llevó muy pronto a destino.

En la puerta del infierno encontró un diablo muy gordo a quien le entregó la carta y esperó la respuesta. Por única contestación lo hicieron pasar; salieron luego varios diablos que, escoltándolo, lo llevaron a los fondos. Por fin Juan se dio cuenta de lo que pasaba, y tomando un látigo les dio tantos azotes que los diablos huyeron y lo dejaron solo.

Entonces Juan principió a recorrer el infierno, hasta que llegó a una pieza que le llamó la atención. Allí había siete camas, y debajo de cada una, cuatro, cinco y más calderas llenas de brasas, y en el frente de cada una, el nombre del que las debía ocupar. Quedó sorprendido al ver el nombre de los ricos de su pueblo, y que la cama con siete braseros correspondía justamente a su amo. Sin averiguar más volvió a la ciudad y reunió a los siete ricos.

Cuando llegaron, Juan les contó lo que había visto y les propuso devolverles los tratos que tenían firmados con el malo, a condición de que por cada brasero le dieran una carga de plata. Los ricos aceptaron y cada uno puso su dinero a los pies de Juan.

Juan Catorce emprendió de nuevo su viaje al infierno. Cuando los diablos se apercebieron que llegaba, corrieron a esconderse, y un diablito chico salió a recibirlo diciéndole que los demás estaban ausentes. Como Juan no estaba para bromas, lo tomó de la nariz y principió a darlo vueltas, como molinete, ordenándole le avisara dónde estaba el diablo jefe. El pobrecito, muerto de dolor, le dijo que estaba debajo de una batea.

Juan levantó la batea, y tomando al diablo por la nariz, hizo lo mismo que con el primero, ordenándole le entregara las escrituras de los siete ricos, si quería que lo soltara. El dolor lo obligó al diablo jefe, y principió a arrojarlas, pues para tenerlas seguras las guardaba en el estómago. Juan vio que faltaba la escritura de su amo, pero el diablo dijo que no tenía más; entonces lo sometió a una prueba más dura, y el diablo tuvo que ceder.

¡Qué alegría tuvieron los ricos al verse por fin libres! Pero, siempre temiendo de Juan, le hicieron una apuesta, no creyéndolo capaz de dormir una noche en una ciudad muerta en la que había un alma condenada que había comido ya a todos los habitantes.

Juan, que no conocía el miedo, aceptó gustoso, con la condición que le mandaran sus catorce vacas para cenar. El peón que se las condujo, lleno de terror, apenas las dejó regresó tan de prisa que ni siquiera se atrevió a volver la cabeza.

Juan era el único ser viviente en aquella ciudad. Después de observarlo todo, eligió un hermoso salón y se dispuso a principiar a comer, cuando se paró en la puerta un fantasma vestido de blanco; del hueco de sus ojos le salían grandes llamas. Juan al verlo le dijo:

Cómo serás de miserable que estás tan flaco! ¿Querés que te convide carne?

Y poniendo una pierna en la punta de la espada, se la alcanzó. El fantasma, tan pronto como se la dio, la devoró. Así continuaron hasta terminar la cena. Entonces Juan propuso que lucharan; al hacerlo pudo conocer el alcance de sus fuerzas. Llegaban ambos a enterrarse hasta las rodillas, sin ceder empuje al contrario. Cansados de la lucha, sin vencerse ninguno, se pusieron a pelear. Juan conseguía cortar al espectro en dos pedazos, pero antes de caer ya estaban unidos de nuevo. Así estuvieron hasta que sonó la una y cantó un gallo. Entonces el fantasma, todo emocionado, dio las gracias a Juan porque lo había salvado de su condena; luego se hizo paloma y voló al cielo, dejándolo dueño de todas las riquezas y rey de la ciudad.

Juan volvió al día siguiente y se encontró con una gran fiesta. Los ricos, alegres por su muerte, habían recogido el dinero creyendo que jamás volvería de la ciudad muerta. Juan, entonces, les ordenó enviar todas las cargas de plata a su anciana madre, y después invitó a todos a su ciudad, donde los bailes y banquetes todavía no han terminado.